

dividual para el combate. Los individuos no interesan porque mueren y es preciso perpetuar los partidos. Todo hombre será miembro de algún partido y sus ideas y sentimientos serán partidistas. Nada de ajustarse a la verdad, al buen sentido, a lo justo y a lo oportuno. No hay una verdad ni una justicia; se entiende que habrá otras tantas cuantos partidos haya.

El marxismo es la teorización de este partidismo cínico. Como todo cinismo, se reduce a cambiar el signo del vicio que se padece y proclamarlo como virtud. La operación no fué hecha arbitraria ni ligeramente por Marx. Toda la marcha de las ideas desde el siglo XVIII preparaba la posibilidad que Marx genialmente aprovechó. El racionalismo de aquella centuria no concebía más que una verdad esquemática, sin evolución ni modulación. De aquí que no pudiese explicar cómo en la historia habían existido modos de pensar incoincidentes con el suyo. Las religiones, las formas del derecho antiguo, etc, sólo se comprendían como imposturas, esto es, como falsificaciones deliberadas que el interés inspiró a algunos hombres. Bajo esta idea de que el pensar opuesto al nuestro es una falsificación, se inician las luchas políticas de la época contemporánea. Napoleón creó el vocablo para denominar ese pensar falso cuando llamó a sus enemigos, despectivamente, «ideólogos». Desde entonces una «ideología» significó el conjunto de ideas inventadas por un grupo de hombres para ocultar bajo ellas sus intereses, disfrazando éstos con imágenes nobles y presuntos razonamientos. La filosofía romántica se apodera de este término y le quita su mal sentido. Al mostrar cómo la razón sin perder su última unidad vive evolutivamente, toma diferentes aspectos en épocas y pueblos, justifica la pluralidad de opiniones. Cada «espíritu popular» — *Volksggeist* — posee una ideología propia, inexorable e inalienable. Entonces interviene Carlos Marx y funde ambos sentidos del vocablo «ideología», el peyorativo y el óptimo. La historia es lucha y especialmente lucha de clases económicas. Cada clase piensa el mundo según la inspiración de su interés. Mientras combate por el predominio, su interés es la verdad, pero cuando triunfa su interés es defensivo y sus ideas reflejan sólo el statu quo de la infraestructura económica. En uno y otro caso el hombre no es libre en sus opiniones sobre la realidad; antes al contrario, sus opiniones dependen de cuál sea su realidad social. Hay una «verdad burguesa» que, claro está, no es verdad, sino que es sólo la «ideología» de esa clase. Una «ideología» es, pues, la falsificación de la verdad que el hombre comete no deliberadamente (no como impostura) sino inexorablemente, por estar adscripto a una clase. La fórmula de Marx es ésta: «No es la mentalidad de los hombres quien determina su realidad, sino su realidad social quien determina su mentalidad». (*Crítica de la Economía Política*). Toda opinión nace afectada del lugar público desde el cual ha sido pensada, desde abajo o desde

arriba. O lo que es igual, toda idea es partidista. Consecuencia: puesto que esto es así, seamos lo más partidistas que podamos.

Como se ve, el pensamiento de Marx es, en este punto, uno entre innumerables brotes del relativismo diecinuevesco y arrastra todos los inconvenientes ajenos a éste. El descubrimiento de las ideologías de clase es de primera importancia si se le reduce a los términos dentro de los cuales tiene un sentido serio, a saber, si en la ideología de clase se ve únicamente un hecho empírico, la tendencia

frecuente en muchos hombres a dejarse influir en sus ideas por sus intereses. Pero en Marx tiene un carácter absoluto y metafísico que es a todas luces exorbitante y falso. Marx no puede probar ni que todo individuo coincida con el temperamento de su clase, ni que fatalmente queden supeditados a ésta sus pensamientos. Más o menos frecuente que el hecho de esta supeditación, pero al fin y al cabo tan hecho como ella es la existencia de hombres que pugnan por liberar su ideación de su estado económico y que a veces lo consiguen.

José Ortega y Gasset

Madrid, mayo de 1930.

Persiflage

Más motivos de Año Nuevo

Natura omnia vincit

=Colaboración directa=

A Teresa de la Parra, pudorosa como la hoja de su nombre que también sirve para coronar las sienes de Dionysos

Sea como fuere cuanto dije sobre Estaciones y Catedrales, un vientecillo alto basta para despejar este cielo de Heredia que me cubre. La luna, en noches como esta de principios de enero, cue'ga, visiblemente, más cerca de la tierra que del Altísimo toldo pintado de estrellas, Empio de todo vaho merced al viento comedido. Tenía razón la señora de Meynell: el aseó del universo es cosa fácil; y fácil también, se llega a creer, el aseó del alma.

En embriaguez telúrica tiembla el suelo un instante y la naturaleza barre civilizaciones que la molestan, fastidian, irritan, hastían, o estorban. Nos ufanamos de descubrirle sus secretos; nos envanecemos de dominar el aire, de hurgarle las entrañas al mar, de ponerle freno al Niágara, y de arrebatarle el rayo al cielo. ¡Puerilidad! ¡Engreimiento pueril! Ciertamente, no somos nosotros los latinoamericanos los de eso: son los yanquis. Nosotros ni siquiera a ver la naturaleza hemos aprendido.

Darío creyó mucho tiempo que el colibrí era mariposa: «¡Oh quién fuera hipsipia que dejó la crisálida!», y nuestras niñas recitadoras repiten tan campantes el verso disparatado, con acompañamiento de piano y de violín. Ya tiene cosa de un siglo que cuanto muchacho va a la escuela en nuestra América oye, cuando no lee o aprende de memoria, los famosos versos del Heredia cubano. Generación tras generación recitamos como si tal cosa aquello de «Niágara undoso». La descripción que de un buen observador tengo del amplio río y de su catarata, dice: «Lisa como un espejo, lisa de gravedad como vientre de mujer que ya va a ser madre, corre en grueso volumen el agua caudalosa del río y se desploma en corva pared, lisa también, que se hace espuma blanca al chocar contra las rocas que reciben un estruendoso golpe». ¡Nada de ondas! Pero qué iba a fijarse en eso el bueno de don José María si tenía la cabeza llena de excelente retórica y pedía a voz en cuello que le diesen la lira («¡Dadme la lira, dadme la...!») aunque nadie podría decir qué hubiera hecho con ese desusado instrumento si por ventura algún coleccionador de antigüedades se lo hubiera dado. Y vuelvo a Darío, indiscutiblemente el más grande de nuestros poetas de todo género y uno de los poetas líricos más hondos y musicales del mundo y de todas las épocas. Roma

no tuvo su igual, y en nuestra civilización sólo Inglaterra puede ostentar quien se le apareje: un Tennyson, un Keats, un Shelley, un Francis Thompson, un Rossetti, un Wordsworth; ya Coleridge es inferior y Byron inferior también, y Browning otra cosa, y Meredith otra cosa. Distingue a esos ingleses un sentido de la naturaleza muy agudo, un espíritu de observación muy atento; os imagináis al poeta tornando apuntes: la flor de woodspurge tiene tres cállices en uno; en tal semana de tal mes invariablemente aparece tal flor; en cuanto esa flor se marchita, aparece tal otra. Darío no. La naturaleza no le importaba un pito; le importaba lo de la naturaleza como símbolo. Pero ni de los jumentos sabía mayor cosa: en uno de sus últimos poemas Pax, de nobilísima inspiración, poesía crepuscular iluminada por las llamas de un mundo en incendio, nos habla de «la quijada del rumiante en la mano de Caín sobre la frente de Abel». El sentido interior de la naturaleza, que no sus formas exteriores, es lo que nos arroba. Estamos más cerca de ella que aquellos que saben que el asno no rumia, que el Niágara no ondula, que el colibrí es pájaro. Para con la Naturaleza nos conviene una profunda humildad, y como en Darío, algo del terror del año mil. ¡De repente habla el buey! ¡De repente se acaba todo esto! Y ese perrillo que nos sigue, ¿no será un león?

Es cosa rórdica sentirse superior a la Naturaleza. Lo natural entre nosotros es tocar maldada. Con honda sabiduría la Santa Iglesia Católica, Madre de quien somos hijos pródigos, nos permite bastante paganismo, y tontos somos cuando nos avergonzamos de ello al echarnoslo en cara los presuntuosos protestantes. ¡Qué no hubiera dado, según decía en soberbio soneto, el anglicano Wordsworth por ver nereidas y tritones! ¿Qué le valía, pues, ser protestante untado de panteísmo? Se quejaba de que cuando miraba al mar sólo el mar veía. Nuestra visión del mar (¡ay de mí que aún no lo miro!) no es del mar sólo. El mejicano González Martínez ha oído cantar—una eterna canción—sirenas en el Golfo. Y para nosotros todos los de nuestra cultura—los de nuestros ojos y de nuestros oídos—al igual que para el Conde Arnaldos del romance, viene, sobre el tumulto de las aguas, barca con marinero que canta en ella canción que sólo enseña a quien